

DISTINCIONES

CONDECORACIÓN AL MERITO AMANDA LABARCA

La destacada oftalmóloga Ida Thierry Sörensen obtuvo en 1984 la Condecoración al Mérito Amanda Labarca, que anualmente otorga la Universidad de Chile.

La doctora Thierry recibió esta distinción de manos del rector Roberto Soto Mackenney, en una solemne ceremonia realizada el día 5 de diciembre en el salón de honor de la Universidad.

La condecoración al Mérito Amanda Labarca fue instituida en 1976, y está destinada a realzar la personalidad y la obra de la mujer universitaria que se haya destacado en el campo de su profesión, en el dominio de la cultura y en el servicio al país.

A continuación se reproducen los discursos pronunciados en la ceremonia de entrega por la profesora Florencia Barrios Tirado, quien recibiera el premio Amanda Labarca en 1983, y por la propia doctora Ida Thierry.

DISCURSO DE LA PROFESORA FLORENCIA BARRIOS TIRADO

Señoras y señores:

El 20 de agosto de 1976, se cumplió un viejo anhelo de un gran prohombre —don Juvenal Hernández Jaque—, varias veces rector de nuestra querida Universidad y cuyas huellas materiales, humanas, académicas, artísticas y de investigación científica aún brillan en las diferentes aulas de esta casa de estudios superiores.

La preocupación, confianza y acción que siempre tuvo por elevar a la mujer a los más altos niveles dentro de la Universidad, lo llevaron a plantear con insistencia la necesidad de crear una condecoración especial para aquella profesional que más se hubiera destacado en su campo y en el servicio a la comunidad.

Siempre pensó que esta distinción debería llevar el nombre de Amanda Labarca, mujer que tanto dio a la educación como maestra; a la Universidad como académica; a la cultura; en el campo de las letras y a través de las escuelas de temporadas; a la juventud sirviéndola permanentemente; al país con su brillante trabajo de pionera en reformas educacionales que impulsó desde el Ministerio de Educación y aún más, su entrega fue más allá de las fronteras de la patria al representarla en múltiples misiones y eventos internacionales.

Por Resolución de la Rectoría N° 00433, el 20 de agosto de 1976 se creó la *Condecoración al Mérito Amanda Labarca*, en cuyos considerandos se dice que está destinada “a realzar la personalidad y la obra de la mujer universitaria que se haya destacado con relieves excepcionales en el campo de su profesión, en el dominio de la cultura o en el servicio del país”.

Hoy 5 de diciembre de 1984, este salón de honor vibra con el cumplimiento de un mandato de quien ya no está con nosotros pero que vive en el recuerdo de los que fuimos sus amigos —Juvenal Hernández, nos acompaña en espíritu en este doble homenaje.

Pues, al otorgarse la Condecoración al Mérito Amanda Labarca se está recordando a la ilustre maestra; y la que hoy la recibe, hace revivir en el recuerdo las virtudes y dotes tan especiales que ella tuvo.

¿Quién más digna y merecedora de recibir la Condecoración al Mérito Amanda Labarca que la Dra. Ida Thierry Sörensen?

Siempre quiso y ha querido pasar anónimamente cumpliendo con su profesión de médico oftalmólogo, podríamos resumir su vida con un lema *Perfeccionarse y Servir*.

Sus estudios superiores los realizó tanto en la Universidad de Chile como en centros especializados en Europa.

Ha servido con delicadeza, que es digna de aquellas personas superiores y, en los cursos de perfeccionamiento que ha seguido y que aún sigue, quiere siempre ser una más, que su presencia no se note; pero su preparación y experiencia profesional la llevan, sin ella quererlo, a entregar lo que sabe y así florece la maestra que exhala su saber a quienes la rodean.

Les invito a meditar sobre el lema que hemos escogido para esta mujer tan especial como es la Dra. Thierry *Perfeccionarse y Servir*. Aún se perfecciona a sus 85 años de edad y su servicio está actualmente en atender tres veces por semana a enfermos que desde las 8,00 de la mañana llegan al Hospital Del Salvador donde trabaja ad-honorem. El lema sigue vivo, son sólo dos palabras pero ¿cómo poder resumir las vivencias que ha dejado y que aún deja en los miles de pacientes que ha atendido y atiende?

Cuando lo hace, el médico desaparece y se convierte para sus pacientes en un familiar que los trata con una dedicación y cuidado que jamás esperaron recibir; así la mayoría que nada paga, recibe la atención profesional y el cariño de una madre, pues en su banco de anteojos busca el que le corresponde para que puedan salir de su consulta viendo un mundo más luminoso y de formas más claras y bien definidas; ¿cómo no ser impactados, si el servicio se ha convertido en luz?

Ha recibido reconocimiento por su abnegada labor tanto de sus colegas, como de los obreros que se agrupan en la Sociedad de Artesanos la Unión; de los empleados que atendió cuando trabajaba en la Caja de Empleados Públicos y Periodistas; de aquellos pobladores y trabajadores de las áreas periféricas de la ciudad y muy en especial de los jóvenes y adolescentes que atiende por encargo en el Club ZONTA, al cual pertenece desde hace muchos años, y fue su presidenta.

En los recuerdos de sus pacientes la vivencia del contacto con la Dra. Thierry, vive silencioso y anónimo bordado con hilos de agradecimientos y de gratitud.

Hoy a la Dra. Thierry la hemos sacado de su vida silenciosa y de servicio permanente; de sus preocupaciones y cuidados de esposa, madre y abuela; la hemos apartado de sus cristales y de las letras que cuelgan en su estudio.

Ha llegado a nosotros navegando en el mar de sus méritos tan especiales y únicos, la nave que la trajo hasta este gran puerto, que es nuestra querida Universidad de Chile, lo ha encontrado engalanado. Cree no merecerlo, pero se lo ha ganado una y mil veces y por ello, quienes le pedimos que viniera, lo hicimos a coro, sin nota alguna que rompiera la armonía, fue como un susurro que en minutos se hizo realidad.

En representación de ellos y de tantas vivencias silenciosas, levanto mi voz para decirle que la Condecoración al Mérito Amanda Labarca que hoy recibe, realza su personalidad y la obra de la mujer universitaria, pues se ha destacado con relieves

excepcionales en el campo de su profesión, en el dominio de la ciencia y en el servicio a miles de anónimos habitantes del país.

Que el hacer y quehacer de su vida sirvan de ejemplo para los jóvenes profesionales que egresen de la Universidad de Chile; pues, el mayor homenaje que se le puede brindar a la Dra. Thierry es que las generaciones futuras apliquen el lema que sintetiza su vida de *Perfeccionarse y Servir*.

DISCURSO DE LA DOCTORA IDA FLORENCE THIERRY SÖRENSEN

Deseo comenzar rindiendo un sincero y emocionado homenaje a mis tres mejores maestros, a quienes debo mucho, muchísimo, porque gracias a ellos, a sus consejos y ejemplo de honradez, de amor al prójimo, de ayuda al enfermo y al desvalido, los que he tratado de imitar en mi vida, se me ha dado este galardón, el más grande de los premios a que puede aspirar una profesional chilena.

Mis tres grandes maestros fueron: el profesor Carlos Charlín Correa; el profesor Cristóbal Espíldora Luque y mi padre, el doctor Jean Hugo Thierry.

El profesor Charlín era un gran cirujano, un gran clínico y un gran hombre. Según él, yo era una mujer muy valiente, no sé por qué. Tal vez porque a veces operaba sola casos que normalmente los hacían dos cirujanos, o porque daba la anestesia general yo misma, o porque me hacía cargo de los enfermos graves y me decían "la doctora de los casos perdidos". Pero si me viera hoy día, cambiaría de opinión, porque estoy muy asustada y por eso les ruego que perdonen mis fallas.

El profesor Espíldora, un gran médico, de gran calidad humana, era mi paño de lágrimas. Si yo tenía un enfermo grave o un caso terrible, él, con sólo mirarme lo sabía y me preguntaba: ¿qué le pasa? Entonces me aconsejaba, veíamos juntos al enfermo y él le decía a los padres o la familia las noticias terribles.

Mi padre nos educó con mucha austeridad, sin que nos faltara nada, pero siempre nos decía, desde muy pequeñas, que no nos dejaría una fortuna sino que deseaba que tuviéramos una profesión, la que quisiéramos elegir, y nos inculcó la idea de que "lo que se sabe, lo que se puede hacer sola, nunca se pierde ni se lo puede quitar nadie". Cuando yo espontáneamente me dediqué a la oftalmología, él fue mi profesor y yo le ayudaba en las operaciones en el Hospital de Niños, donde también hice mi Memoria.

Mis padres eran daneses. Cuando mi padre se recibió de médico, como en Dinamarca no veía muchas oportunidades de surgir, se fue a Londres, donde se especializó en Oftalmología y Otorrinolaringología. Volvió a Dinamarca, y poco tiempo después se casó con mi madre —Marie Sörensen— y el mismo día de sus bodas emprendieron su viaje a Chile, donde un primo de mamá les había dicho que en Valparaíso sólo había dos oftalmólogos. ¡Como buenos vikingos, se lanzaron a la aventura sin tener ninguna seguridad de cómo les iría!

Se establecieron en Valparaíso y allí reposan para siempre.

En 1906, mis padres volvieron por primera vez a Dinamarca. Ellos se quedaron en Lisboa, donde se celebraba un Congreso de Oftalmología, pero desgraciada-

mente se contagió mi padre de una terrible fiebre tifoidea que lo tuvo dos meses entre la vida y la muerte y cuando llegó a Copenhague, parecía un esqueleto caminando con muletas. Nosotros habíamos seguido viaje a Hamburgo, con una "nana" chilena y allí nos recibió un tío que hablaba algo de castellano; pero las tías y abuelitos sólo hablaban danés, y como "la necesidad tiene cara de hereje", rápidamente aprendimos a entender y chapurrear lo indispensable.

Estando allá, en agosto, vino el terremoto de Valparaíso, que destruyó un hospital, un policlínico y la casa habitación que papá estaba construyendo en lo alto de una colina. La escalera de acceso tenía 244 escalones que quedaron cubiertos de escombros.

Sin embargo, lo que recuerdo como verdadera pesadilla fue el cruce de la Cordillera de los Andes, en 1906. Partimos desde Los Andes, en coche tirado por cuatro caballos, que hacían el camino de zig-zag a todo galope. En cada curva el coche quedaba sustentado en dos ruedas y a la curva siguiente, en las otras dos. Estábamos aterrorizados, y completamente mareados. Esta experiencia fue, a pesar de todo, menos terrible aunque parecida a la que vivimos en 1914, en nuestro segundo viaje a Europa. Allí nos sorprendió la Guerra Mundial y para volver a Chile, tuvimos que cruzar el Mar del Norte, de Dinamarca a Inglaterra, mar que estaba plagado de minas alemanas. La compañía naviera enviaba sus barcos más pequeños que navegaban de día, muy lentamente, y en la noche quedaban al garete. Nos demoramos dos días y tres noches en un terrible trayecto que duraba, normalmente, doce horas...

Para mí, es imposible separar mi infancia, mis años de estudiante, mi juventud, mi matrimonio, mi papel de madre y dueña de casa, de mi vida profesional.

Como niñas, crecimos en un círculo muy pequeño de amigos, la mayoría de adultos; sólo teníamos como amigas a la familia Krarupp, y la mayor de sus hijas, Maggie, fue mi amiga y la esposa de don Juan Gómez Millas.

Estudí en el Liceo de Niñas de Valparaíso, en los tiempos en que no se usaba uniforme y las alumnas iban con vestidos muy bonitos, pelo largo, rizos y cintas, y nosotros, según ideas muy originales de mi padre, vestíamos, en invierno y verano, trajes marineros y el pelo cortado a máquina, bien cortito. Como yo era muy tímida, era el hazmerreír del liceo y éramos famosas como "las niñas Thierry" por nuestra indumentaria. ¡Por suerte, al año siguiente, se hizo obligatorio el uso de uniforme!

Como mis estudios habían sido en inglés y danés hasta entrar al liceo, era más gringa que una gringa importada: leía muy mal, y para qué decir, escribía peor; por eso, en clases de Castellano, cuando mi profesora quería hacer reír al curso, me sacaba adelante a leer y decía: ¡Miren la futura bachiller! De allí nació mi terrible complejo frente al idioma, que hoy me tiene tan angustiada.

Después de dar el bachillerato, vine a estudiar a Santiago, sola, sin el apoyo de mis padres. Ingresé a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y en segundo o tercer año, me tocó estudiar Oftalmología: ¡fue un amor a primera vista! Confieso que "hacía la cimarra" en otras cátedras para asistir al policlínico de Oftalmología. Esto debe haber sido en 1925, y el amor no sólo perdura, sino que aumenta.

Me casé, en 1928, con Ramiro Mège Garcés, agricultor; tuvimos cinco hijos, de los cuales conservamos cuatro, pues mi hija mayor falleció de tifoidea, a los 16 años. Mis dos hijos varones son ingenieros y las dos niñas son profesoras. Tengo ya 15 nietos y 3 bisnietos.

Para atender a mi familia lo mejor posible, abrí mi consultorio en mi propio domicilio, y allí, en 1933, conocí a Amanda Labarca. Ella llegó un día a mi consulta, acompañando a su esposo, don Guillermo, que había ido a un match de box; pero la pelea no había sido sólo en el ring, sino también entre los asistentes partidarios de uno y otro contendor y, desgraciadamente, a él le tocó un silletazo que le quebró el lente y le entró una astilla del cristal en el ojo. Por suerte, no era tan grave y mejoró sin dejar rastros de la herida. Entre Amanda Labarca y yo brotó una espontánea amistad que duró para siempre. De esas amistades que aunque uno se vea muy poco, o casi nunca, sabe que la amiga está ahí, lista para acudir al menor llamado o contratiempo.

Amanda era una persona que nunca estaba ociosa, siempre activa y optimista, nunca pensaba siquiera que algo podía no resultarle. Aplicaba el mandamiento de "ama a tu prójimo como a ti mismo", no sólo en relación con las personas sino que pensaba que si las naciones hicieran lo mismo, podríamos tener paz. Que no era suficiente que la palabra "paz" quedara estampada en un tratado sino que los pueblos debían comprenderse y actuar para lograrla. Practicaba la bondad, el amor, la justicia y la tolerancia hacia todos y por eso era tan querida entre sus alumnas, colegas, superiores, y nunca se la oyó hablar en contra de nadie. Una vez, la señora Eleanor Roosevelt comentó que Amanda Labarca jamás criticaba a sus semejantes.

Esta mujer excepcional se recibió de bachiller a los 15 años, pero en su hogar no encontró un ambiente propicio para que siguiera una carrera, pues opinaban que una mujer debía dedicarse a su casa y su familia. Esto hizo nacer en ella su primer acto de rebeldía, e ingresó a estudiar Medicina pues creyó que ésa era su vocación. Ya en la escuela, se dio cuenta de que el ambiente no tenía afinidad con su espíritu y decidió estudiar para ser educadora y escritora, actividades más de acuerdo con sus inclinaciones. Sin embargo, el no haber seguido su primera elección la hizo pensar que era una cobardía y se prometió a sí misma no retroceder jamás ante las dificultades, especialmente en las causas que considerara nobles y justas.

A los 18 años tiene en sus manos su título de Profesora de Estado y en ese tiempo conoce a un hombre que la atrae poderosamente; ella ha presentado que, a pesar de la diferencia de edad, de ideas, de la oposición de su familia, él es la persona con quien debe compartir su vida. Se casaron, profundamente enamorados, pero esto le significó romper todos sus lazos familiares. Al casarse, ella adoptó los apellidos de su marido: Guillermo Labarca Hubertson.

No se equivocó la niña Amanda. Don Guillermo fue un hombre destacado en política, un experto en literatura nacional e internacional y fue un guía para ella. Así se complementaron maravillosamente bien. Ella era más optimista que él, tenía mayor goce en sus realizaciones; poco a poco terminaron por saber lo que pensaban uno de otro, lo que constituye un matrimonio ideal, comprendiéndose mutuamente.

Amanda ha comenzado, ya en 1909, sus trabajos literarios. El Gobierno chileno le ofrece una beca en Estados Unidos a la pareja y este viaje influye enormemente en Amanda Labarca. Luego viaja a Europa, como extensión de esa beca, y permanece allá otros dos años. Estudia literatura, filosofía y filología en La Sorbone.

Cuando vuelven a Chile, él entra definitivamente en la política y ella es elegida presidenta del Consejo Nacional de la Mujer desde donde comienza su gran lucha a favor de la mujer. Funda el "Club de Lecturas Femenino" al cual pueden recurrir mujeres casadas y solteras, de cualquier clase social, y estudiar juntas, por primera vez en el país.

De ahí en adelante, siguen innumerables realizaciones y valiosísimas actividades que Amanda integra, dirige o crea, sin descanso. Cuando leí su currículum, después de su muerte, pensé: ¿Cómo ha podido hacer tanto? ¿De dónde sacaba tiempo para actuar en tantas cosas de valor intelectual, social, al servicio de la mujer, en educación, y en tantos otros campos, siempre pensando en el bien de los demás? Incluso se daba tiempo para subir, los domingos, con su marido, hasta la cumbre del cerro San Cristóbal, por el camino de zig-zag, y bajar por el camino largo del lado opuesto. Recibía en su casa todos los lunes a la hora del té, y allí se llegaba sin avisar, a participar de una tertulia provechosa y enriquecedora...

Yo siempre digo: cuanto más se hace, más tiempo queda para hacer más cosas. Cuando se tiene mucho que hacer, todo se hace de inmediato; cuando son pocas obligaciones, siempre se dejan para más tarde y el tiempo se va y se pierde.

Amanda Labarca fue, además, una excelente dueña de casa, esposa, madre, abuela y amiga, una gran mujer, ejemplo para todos nosotros. Ella es un mensaje vivo para los profesores. Hay que tener optimismo, amor a los niños, perseverancia y pensar que cuanto más difícil e imposible parece la tarea, hay que dar más amor, más paciencia y no rendirse nunca.

Hoy la juventud es muy distinta, muy independiente. Tiene ideas propias —unas mejores que otras— algunas más valiosas que las antiguas, otras no tan aconsejables, pero, en todos los tiempos, no ha habido niño que no se entregue si se le trata con tolerancia, comprensión y cariño. Amanda Labarca es, también, un modelo para la juventud de hoy en su afán de servir a los demás.

Para mí, recordar a esta chilena ilustre ha sido una alegría, y recibir la condecoración que tiene su nombre me llena de orgullo y de emoción, porque fue mi amiga, mujer y chilena.

Soy una mujer feliz. Tuve una linda infancia, un matrimonio y unos hijos maravillosos que siguen creciendo en sus propios hijos.

Si tuviera que repetir mi vida sólo cambiaría pequeños detalles, haría cosas que no hice y muy pocas las dejaría de hacer. Sólo hubiera querido tener más tiempo para servir mejor al prójimo, como me enseñaron mis maestros y mis padres.

Quiero agradecer a todas las personas e Instituciones que han hecho posible este momento tan hermoso para mí y decirles que siento que sólo he cumplido con mi deber, tal como nos enseñó a hacerlo, con el ejemplo de toda su vida, Amanda Labarca.

A todos: ¡Muchas gracias!

MEDALLA RECTOR JUVENAL HERNANDEZ JAQUE

El eminente profesor don Domingo Santa Cruz Wilson fue distinguido en 1984 con la Medalla Rector Juvenal Hernández Jaque, que se otorga anualmente a los ex alumnos de la Universidad que en el ejercicio de sus respectivas labores profesionales hayan prestado servicios distinguidos a la Universidad de Chile o al país.

La entrega de este premio se hizo durante el acto académico conmemorativo del 142º aniversario de la corporación, el 19 de noviembre de 1984. A continuación se publica el discurso de homenaje a don Domingo Santa Cruz, que en esa ocasión pronunció don Héctor Humeres Noguer, a la sazón prorector de la Universidad.

DOMINGO SANTA CRUZ

La Universidad de Chile, fiel a su tradición histórica, se ha dado cita el día de hoy con el fin de celebrar un nuevo aniversario de su creación. Ha querido aprovechar el marco solemne de esta significativa ocasión, para hacer entrega de la distinción "Medalla Rector Juvenal Hernández Jaque", instituida en el mes de septiembre de 1983, fecha en que se cumplieran cincuenta años desde que don Juvenal Hernández recibiera el nombramiento de rector de nuestra casa de estudios superiores.

Esta distinción universitaria tiene el noble propósito de preservar la memoria de quien ha sido uno de sus rectores más distinguidos, a la vez que un símbolo de la calidad humana y profesional y de la vocación de servicio que la Universidad de Chile inculca a quienes en ella se forman.

Evaluada los antecedentes de los distinguidos postulantes presentados a la convocatoria 1984, el jurado ha determinado que este galardón ha de recaer en la persona de don Domingo Santa Cruz Wilson.

La vida de don Domingo Santa Cruz está identificada con la Universidad de Chile desde su época de estudiante. Inicia sus estudios superiores el año 1917 en la Escuela de Derecho, donde obtiene el grado de licenciado en leyes y ciencias políticas que lo habilita para recibir, luego, su título de abogado.

Su espíritu ya se inclinaba por la música y lo conduce primero, a realizar estudios regulares de armonía y composición desde 1917. En estas disciplinas es discípulo de don Enrique Soro y perfecciona su formación como músico y compositor, con el maestro español Conrado del Campo y en grandes centros musicales europeos.

Tiene destacada participación en todas las manifestaciones musicales del país, creando las instituciones necesarias para su adecuada expansión y desarrollo, a la vez que se preocupa de ampliar el repertorio musical que se ejecutaba en Chile, dando a conocer las obras claves de la música universal. Crea el Coro de la Sociedad Bach y, en 1924, constituye dicha sociedad formalmente, la cual tuvo trascendental influencia en la vida musical chilena. Además de sus múltiples actividades de conciertos y conferencias organiza, en 1927, el Conservatorio Bach, el cual se constituirá en la base del Conservatorio Nacional.

Visualiza ya en esa época, con gran claridad, la conveniencia de sistematizar la composición en la pedagogía musical, poniendo énfasis en el tratamiento de las grandes disciplinas interpretativas de estos fenómenos. De allí surgen el estudio de la historia de la música y el análisis, en un planteamiento musicológico moderno, utilizando el aporte contemporáneo, tanto en sus fuentes chilenas como europeas.

Brillante es su trayectoria a partir de esa fecha en adelante; funda la Revista *Marsyas*; actúa como miembro fundador de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos y tiene un rol decisivo en la creación de la Facultad de Bellas Artes, en 1929, iniciando con ello el tratamiento de la música y la plástica dentro de las disciplinas universitarias.

Este importante logro marca el inicio de su trayectoria académica, y le significa asumir las cátedras de Historia de la Música y de Análisis de la Composición, las que desempeñaba ya en el Conservatorio Nacional de Música en calidad de profesor.

En el año 1932, en otra demostración temprana de sus sobresalientes méritos, es elegido decano de la Facultad de Bellas Artes, cargo en el cual desempeña una trascendente actividad en nueve períodos de decanato, entre los años 1932 y 1968.

En su calidad de decano funda el Instituto Secundario de Bellas Artes, destinado a los estudios generales de los alumnos de las escuelas artísticas del estado y particulares; crea la *Revista de Arte* y la radiodifusión universitaria; participa como co-fundador de la Asociación Nacional de Compositores y del Instituto de Extensión Musical, el que posteriormente dirige por varios años; promueve la creación del Instituto de Investigaciones Folklóricas, que se transforma posteriormente en el Instituto de Investigaciones Musicales; funda la *Revista Musical Chilena*; crea el Instituto de Extensión de Artes Plásticas; colabora en la creación del coro universitario, el que logra incorporar, luego, al Instituto de Extensión Musical; apoya la creación de un departamento de extensión artística para estudiantes; establece los "premios por obra" a la composición musical y los festivales bienales de música chilena.

Desde el año 1944, en su calidad de decano más antiguo de la Universidad de Chile, le corresponde asumir el cargo de vicerrector, subrogando al rector en varias oportunidades.

En 1953, es nombrado profesor extraordinario de las cátedras que había ocupado, miembro honorario y miembro académico de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales.

En el mes de junio de 1982 es designado integrante de la Junta Directiva de la Universidad de Chile, cargo que sirvió hasta enero del presente año.

Ha dejado así en la Universidad de Chile, la huella indeleble de su obra y, con ella, un ejemplo de entrega y verdadera vocación por los auténticos ideales del hombre, en sus más amplias dimensiones. Enfrentó su quehacer con la vitalidad y el entusiasmo de quien comprende que, por sobre las contingencias del medio, está la realización del ser humano, creando para ello caminos que posibilitaron el cultivo equilibrado de las ciencias y el arte.

La labor que desarrolla al servicio de nuestra Universidad se proyecta, además al ámbito internacional. En representación de la corporación, recibe invitaciones oficiales del gobierno de los Estados Unidos; preside exposiciones de pintura y escultura chilenas en ese mismo país; colabora en la creación de organismos universitarios latinoamericanos; asiste como delegado oficial a congresos internacionales de música en Noruega, Bélgica y Austria; desempeña cargos directivos en asociaciones internacionales de educación musical; preside el consejo internacional de música; crea las "semanas musicales de París"; hasta 1973 y por espacio de veinticuatro años, es miembro individual del consejo internacional de música, teniendo derecho a voto personal.

Su sobresaliente labor y creatividad muy adentrada en la historia de la música nacional, hace diáfanas vivencias de la naturaleza en sus cantatas y madrigales, que lo identifican como artista y que él expresa con un sentido poético, de estructura romántica.

Su valiosa labor como musicólogo y compositor lo convierte, sin duda, en el mayor impulsor del arte musical chileno, lo que le hace acreedor al reconocimiento público del Gobierno de Chile, siendo nominado Premio Nacional de Arte, mención Música, en el año 1951. Digno reconocimiento al hombre que ha dado música a este país.

Entre sus logros más significativos, cabe mencionar muy especialmente su valiosa contribución al establecimiento de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile en el año 1964, la que al constituirse le entrega la responsabilidad de conducir sus destinos en calidad de presidente, cargo en el cual ha cumplido, recientemente, veinte años de brillante actividad.

Hombre de vocaciones profundas, de tradiciones ilustres y de una fe incommovible, su trayectoria muestra una vida excepcional, llena de fulgores y talentos que se mueve en lo más vernáculo de la cultura nacional.

Aparte de lo expresado, quisiera llamar la atención en esta oportunidad sobre un aspecto sobresaliente de esta distinguida personalidad, que cobra especial significado en los momentos actuales. Me refiero a la actitud humana y espiritual de don Domingo Santa Cruz.

Si fuera posible captar en un solo trazo, en una intuición única lo que es el ser humano, me atrevería a decir que don Domingo Santa Cruz es un hombre con profunda clarividencia, optimismo y fe en el futuro, que alentó desde la cátedra, con argumentación culta y con la propia actividad creadora y expresiva de su arte. Son éstos los componentes de un optimismo reconstructorio, que como la casa levantada sobre la roca, resiste y contiene la tormenta y los avatares, impidiendo que alcance vuelo ese sentimiento de abandono y desesperanza, que se generaliza por doquier en la sociedad contemporánea.

Deseo citar en este momento una remembranza suya que, en la revista *Pro-Arte*, hiciese su gran y entrañable amigo Carlos Humeres Solar: "Se ha dicho que Domingo es un Quijote y esto merece cierta puntualización. Idealista y combativo, Domingo lo es, pero Don Quijote era quimérico y Domingo es profundamente realista. Domingo artista se orienta siempre hacia la meta más noble y desinteresada. Pero al realizar este impulso, jamás se encierra en una actitud introvertida y

estetizante, sino que necesita proyectarlo en una efusión comunicativa, sin la cual su espíritu no encuentra plena satisfacción. Crea sólidamente instituciones. Por eso su lucha ha sido siempre eficaz”.

En esta tarea de revitalización permanente de la sociedad, idealista y renovadora, don Domingo Santa Cruz lo entrega todo, sin claudicar y con amplia generosidad. El maestro de generaciones es un gran adalid en esta cruzada de fe y de recuperación del hombre mismo. El conoce cuáles han sido los factores negativos que tratan de imponerse en esta conciencia mundial; sin embargo, tiene fe y pleno convencimiento de que la cultura volverá una y otra vez al reexamen de estas situaciones que se muestran con signos adversos, proponiendo siempre roles de apoyo y optimismo que, de algún modo, la Universidad contemporánea va a asumir en sus tareas futuras.

Lo hace al postular con elementos renovados no solamente la tradicional eficiencia en el saber puro y simple, sino que también trata de demostrar la necesidad de hacerse digno de ese saber. Volveremos, pues, sobre el ejemplo de su optimismo fundamental, porque desde él, a partir de su válida vivencia de los valores positivos del hombre, en esa plenitud que es la vida de la cultura de los valores, muestra la posibilidad siempre nueva de orientar a las generaciones del futuro, con experiencias, ejemplos y actitudes que le den a nuestro camino esa transparencia que requiere el norte hacia el cual nos dirigimos.

El maestro Santa Cruz constituye entre nosotros un ejemplo de horizontes que abre las vías al progreso humano en la experiencia del arte. Su intuición creadora nos indica que hay un comunicarse del hombre que se logra creando los espacios y los lugares de encuentro con los demás.

Por eso, su poderosa vivencia es imprescindible en la universidad de hoy y será inevitable en la universidad de mañana.

Nuestro homenaje a don Domingo Santa Cruz se expresa en dos palabras: admiración y gratitud.

Muchas Gracias